

EL OCCIDENTE,

DIARIO POLITICO.

Miércoles 18 de Abril de 1855.

EDICION DE LA MAÑANA

PUNTOS DE SU CAJON. En la administracion de EL OCCIDENTE, Corre-
dora baja de San Pablo, núm. 10, prel. En la libreria de Monier, Carrera de
San Gerónimo, Cuesta, calle Mayor; Villa, plazuela de Sta. Dominga; Bailly-Bol-
liere, calle del Príncipe; Olivares, calle de la Concepcion Gerónima. —Madrid:
Un mes 12 rs., tres meses 33.

PROVINCIA. En las principales librerías y por librerías f. a. de Adm. in-
trador de EL OCCIDENTE, un mes 20, tres meses 56. —Estranjero: Un
trimestre 72, seis meses 144. —En París en casa de los srs. Saavedra y R. bo-
lles, rue de Hauteville, 15, y en la librería Española, rue de Provence, Ultra-
mar: Tres meses 30, seis meses 40.

AÑO I.—NUMERO 84.

ADVERTENCIA DE LA ADMINISTRACION.

Los señores suscritores de provincias cuyo
abono terminó el 15 de este mes, se servirán
renovarlos para que no esperen el retraso en
el percibo de los números.

MADRID 18 DE ABRIL.

«Il est dans la destinée des hommes d'Etat de
voir leurs conceptions les plus rationnelles mecon-
nues», decía hace algunos siglos un profundo pu-
blicista francés que conocía bien las cosas de la
política y las pasiones de los actores en ella. Es
fatalidad, en efecto, de los hombres de Estado el
ver injustamente apreciadas, y aun tachadas á ve-
ces de locas quimeras, sus mas racionales concep-
ciones.

Así, no hemos extrañado, antes bien han pa-
recido muy naturales, el singular empeño, la es-
traordinaria constancia con que se ha consagrado
El Parlamento á combatir las ideas enunciadas
por el Sr. Rios Rosas en su célebre discurso del
30 de marzo último. Que si el pensamiento en él
desarrollado fuera un pensamiento impracticable,
que si el propósito manifestado en él fuera un
propósito vulgar, como aparenta creer El Parla-
mento, ni el diario moderado hubiera descendido
de su elevación á examinar una y otra vez ese
pensamiento, ni hubiera dedicado toda su inte-
ligencia á combatir un día y otro ese propósito, ni
hubiera abandonado su magistral espositon de
doctrinas para tratar de desvanecer con una serie
de artículos la exigua importancia de un orador
común ó de un innovador utópico.

Causamos enojo, por regla general, las polémicas
con los representantes de opiniones extremas,
porque, aferrados á sus ideas y ofuscados por la
pasión política, no ceden al convencimiento aun
cuando lo haga penetrar en su espíritu la mas se-
vera lógica. No nos place tampoco mezclar nom-
bres propios en esas polémicas, si nos vemos obli-
gados á seguirlos, porque la defensa voluntaria sue-
le parecer impuesta, la justicia á la idea adúlacion
al hombre, la reciprocidad en el ataque agresión
inmotivada. Pero, cuando la discusión es por otros
provocada, cuando los hombres personifican un
sistema, ni rehuimos la una, ni vemos medios de
prescindir de los otros. Sea dicho en excusa de la
frecuencia con que estos días nos hallamos precisa-
dos á insistir en una cuestión ya suficientemente
debaticida, y á sacar en ella continuamente á plaza
nombres respetables, sin especial acuerdo con los
que los llevan.

A ello nos ha provocado El Parlamento, que
empezó esta polémica tachando de irrealizable y
absurdo el pensamiento espuesto por el Sr. Rios
Rosas en su citado discurso, acerca de la necesi-
dad de formar un nuevo partido que practique
sinceramente las instituciones constitucionales y
haga entrar á los otros, convenientemente reor-
ganizados, en las condiciones ineludibles de esta
forma de gobierno; que siguió acusando de incon-
secuencia política al hombre de firmeza de con-
venciones mas reconocida, y que acaba atribuyen-
do al país exclusivamente los vicios y las pasiones
que son patrimonio privilegiado de los presun-
tos políticos que se han abrogado la jefatura de
los partidos, que han pesado sobre estos de una
manera funesta, y que han maltratado despiada-
mente el cuerpo de la nación.

Bien pudiera El Parlamento, si quiere de veras
una discusión seria y razonada, haberse hecho
cargo de los muchos argumentos capitales de nues-
tros anteriores artículos que se ha dejado por con-
testar; bien pudiera habernos demostrado que el
pensamiento de la fusion es completamente utópi-
co, que los partidos no se han transformado mas
ó menos esencialmente en Inglaterra, en Portugal
y en España misma; bien pudiera haber dirigido
sus esfuerzos á probarnos que tanto los modera-
dos como los progresistas no han abdicado cons-
tantemente en el poder sus principios; bien pu-
diera habernos espuesto, como le pedíamos, las
bases y doctrinas sobre que quiere regenerar al
partido moderado; bien pudiera, en fin, habernos
dicho en qué consiste la inconsecuencia política
del Sr. Rios Rosas, en vez de esforzarse inútilmen-
te por rebajar las calidades de su carácter.

Porque sentar proposiciones atrevidas, pero
destituidas de todo fundamento, para no sostene-
las luego; porque huir las dificultades graves en
que nos hemos metido temerariamente, y aparentar
que se triunfa en las demas; porque tergiver-
sar arbitrariamente los hechos, y echar nuestras
propias responsabilidades sobre los otros; porque
lisonjear á un partido y culpar de sus fal-
tas á toda una nación, no es discutir seriamente,
por mas que pueda creerse así El Parlamento, si-
no dar pequeñas satisfacciones á la pasión política
de un bando y al amor propio de algunos hom-
bres, á costa de la verdad histórica y de la mejora
de las costumbres políticas.

Descartando, pues, el diario moderado los ra-
zonamientos mas irrefutables de nuestros anterio-
res artículos, supone, en el suyo del domingo, que
el Sr. Rios Rosas ha pretendido reducir á un anu-
lamiento absoluto á los partidos militantes.

El Parlamento padece en esto un grave error.
El Sr. Rios Rosas seguramente no ha tenido la
pretension absurda de anular, ó sea extinguir á

los partidos políticos. Lo que ha dicho y probado
ha sido que se habían disuelto, que habían muerto
los partidos progresista y moderado, tal como
se hallaban constituidos y organizados antes, en-
tre otras razones, porque habían abdicado en el
poder y en la oposición respectivamente sus prin-
cipios. Y como los principios son el vínculo y la
sustancia de los partidos, cuando estos los abdi-
can mueren. El Sr. Rios Rosas no ha matado,
pues, á ningún partido: ellos se han suicidado y el
tiempo los ha enterrado. El Parlamento mismo
reconoció implícitamente esta abdicación de prin-
cipios del partido moderado, al ofrecernos su apo-
yo en su número del día 3 para pedir «la aplica-
cion exacta de las buenas y genuinas doctrinas
conservadoras» y al proclamar en el día 7 la
necesidad de «hacer mejor á este partido de lo que
lo ha sido en el terreno de la práctica, en el ter-
reno de los hechos».

Pero volviendo pronto á su impenitencia, di-
cemos ahora El Parlamento que los partidos re-
presentan las ideas, los intereses y las pasiones
que agitan los ánimos en una situación dada de
un país ó de una sociedad, y que, por consiguiente,
es original y anti-histórico el propósito de mo-
dificar artificialmente esas situaciones políticas y
sociales que sólo cambian con el transcurso del
tiempo, y un puro sueño la idea de crear un nue-
vo partido que reúna las buenas cualidades de to-
dos y deseché sus imperfecciones.

Lo que es original y anti-histórico y absurdo,
es que los partidos no mueran ni se transformen,
y mucho mas los partidos nacidos en circuns-
tancias extraordinarias y singulares, que tienen ne-
cesariamente que morir ó transformarse cuando
estas pasan.

Lo que es original y anti-histórico y absurdo,
es suponer que el trabajo de un político ó de un
filósofo no puede contribuir á la transformación
de un estado social, acelerando, anticipando, ayu-
dando la obra del tiempo. Los que esto niegan,
niegan la historia, la función capital del poder, la
acción del gobierno y el libre albedrio humano
en gobernantes y gobernados.

Ciertamente no siempre es dado al estadista
realizar puntualmente en el terreno de la práctica
el tipo ideal que imagina el publicista en la es-
fera de la especulación, pero puede y debe acer-
carse constantemente á él, y no puede ni debe sin
suicidarse apartarse de él constantemente, como
han hecho los prohombres del partido moderado
en la última época de su dominación.

El Parlamento halla, sin embargo, en su dia-
lética, deslumbradores sofismas para disculpar
por su conducta al partido moderado y á sus je-
fes, suponiendo de una manera absoluta que los
vicios de los unos y los abusos de los otros nacen
de un mal social, dependen de la falta del hábito
de obrar en virtud de la discusión tranquila, del
predominio que ejerce sobre nosotros nuestro
ardiente carácter meridional, de la costumbre de
decidirlo todo por los medios violentos de la fuerza,
de nuestra repugnancia á reconocer ninguna
superioridad ni ningún freno, de los instintos re-
volucionarios que combaten al poder por los me-
dios mas rudos, y obligan á los gobiernos á resistir
á mano armada, de donde proviene la lucha y la
guerra entre los partidos....

Repliquemos.
Los vicios y las calidades de nuestros partidos
nacen de causas complejas, que es imposible es-
plicar en un solo artículo. Pero en España mas
que en ningún otro país del mundo, y por razo-
nes obvias, una de las causas capitales, y acaso la
primera, de esos vicios y de esos abusos, ha sido la
acción de los jefes. Así, mientras Martínez de la
Rosa fue el primer hombre del partido moderado,
este fué un reflejo del hombre que lo personifica-
ba. Así, cuando Narvaez se erigió en su jefe, el
partido fué un reflejo vivo del hombre que lo ab-
sorvía.

Si en el carácter nacional hay, en efecto, hábi-
tos y vicios que hacen difícil por un lado la liber-
tad constitucional, hay en cambio calidades que
la hacen fácil por otro. Comparativamente, hemos
adelantado en la vida pública mas que otros mu-
chos países, mas sin duda que la Inglaterra en su
primer periodo de gobierno representativo, mas
sin duda que la Francia en algunos de sus ensa-
jos para aclimatar este régimen. Testigo la situa-
cion actual, que, así como es un caos político y ad-
ministrativo por culpa del gobierno y del partido
dominante, sería un caos social, sino fuera por los
buenos instintos y el recto juicio del pueblo.

Mas los hombres responsables de lo pasado calu-
niam á la nación para escusarse á sí mismos,
como tuvieron la frescura de calumniar en pleno
parlamento las leyes que ellos mismos habían he-
cho por atenuar su conducta política y adminis-
trativa. El Sr. Martínez de la Rosa protestó ya
contra esta última calumnia en las Cortes.

Por lo que hace á la cuestión de los jefes, en
que con tanta complacencia se detiene el diario
moderado, El OCCIDENTE no ha negado á los mi-
litares el derecho de ser tales jefes, pues cree que lo
mismo pueden serlo los militares que los paisanos.
Lo que ha dicho, comentando al Sr. Rios Rosas,
es que es malo que los partidos tengan jefes úni-
cos, y en esto está de acuerdo El Parlamento con
nosotros. Lo que ha dicho y repite El OCCIDENTE, es

que si los jefes únicos son de suyo malos, los jefes
únicos militares son deplorables, porque acaban
casi siempre por concentrar en sus manos la dic-
tadura.

Haciéndose cargo de esta observación, pregun-
tamos El Parlamento cuando ha sido dictador el
general Narvaez. ¿Cuándo? Cuando, apenas pro-
mulgada la constitucion de 1845, que consignaba
la libertad del pensamiento, envió consignados á
Cádiz, para dirigirlos á Filipinas, á dos redactores
de El Clamor Público; cuando destruyó al Sr. Gon-
zalez Bravo, porque le hacia una oposicion legal;
cuando obligó á salir de Madrid al general Pavia,
porque le estorbaba en el Senado; cuando formó
su ministerio de 1846, y proclamó francamente
la dictadura del poder; por punto general, siem-
pre que ha mandado desde 1847 en adelante, pe-
ro particularmente, y hasta sobre el trono, en
1849, en que se dió el escándalo de detener en su
cuarto, contra su voluntad, á una augusta perso-
na.

Tampoco ha negado El OCCIDENTE, ni niega en
España ni en parte alguna, aunque con las limi-
taciones convenientes, la teoría de los hombres
necesarios. Por el contrario, reconoce que cada
situación tiene sus naturales y legítimos represen-
tantes, y por lo tanto, en cierto modo, estos re-
presentantes son hombres necesarios. Lo que El
OCCIDENTE niega, y con él la nación entera, y el
testimonio de las situaciones pasadas y de la si-
tuación presente, es la necesidad absoluta de Nar-
vaez ó de Espartero, la necesidad alternativa de
estas dos entidades, la necesidad de la sucesión re-
cíproca y continua de estos dos hombres funestos
en sus pretensiones de absorción, de absolutismo
y de perpetuidad.

Esta es la alternativa de la anarquía y del des-
potismo, del pecado y de la muerte. Este es un
espectáculo vergonzoso, que no lo ha presenciado
jamás ninguna monarquía ni ningún pueblo civiliza-
dos.

Quien negó en abstracto y de una manera ab-
soluta, en las Cortes, la teoría de los hombres ne-
cesarios, fué el orador del partido moderado, que
obligó al Sr. Rios Rosas á tomar la palabra y á
pronunciar su discurso, y el mismo orador quien
la negó á la par en concreto con respecto al ge-
neral Narvaez. Profundice este hecho El Parlamento,
ya que nos aconseja profundizar otros.

Al darnos este consejo El Parlamento, lo hace
en la creencia de que, examinando bien las cau-
sas del mal, acaso convengamos en que el tratar
de constituir un nuevo partido es empresa inútil,
infecunda y hasta pueril. Podrán ser pueriles los
amores de la verdad, el desinterés político, la pa-
sion del bien en estos menguados é infelices tiem-
pos. Pero la resurrección de los muertos con que
sueñan otros, es juntamente ilusión infantil y su-
perstición caduca. Nadie, sino Dios, puede decir á
Lázaro: «levántate y anda».

Por lo demás, no creemos que el Sr. Rios Rosas,
que ha desarrollado esa oportuna, patriótica idea,
cuya realización es hace tiempo el deseo y la espe-
ranza de los sinceros liberales, tenga la pretension
ser de un genio, ni un estadista profundo, ni un
verdadero hombre de Estado, ni un jefe de partido
siquiera. Dios reparte sus dones á las criaturas, en
su misericordia, según su sabiduría, y ni el grande
hombre tiene derecho á envanecerse por su capa-
cidad, ni el hombre vulgar debe enojarse con Dios
á causa de su medianía.

Lo que depende del hombre, lo que se rige
por su libre albedrio, ayudado ya de la razón, ya
de la gracia, es tener abnegacion, consecuencia y
unidad en toda su vida pública. A este mérito y á
este resultado tienen el derecho y el deber de as-
pirar, así como los altos, los medianos y los hu-
mildes, y entre estos últimos no negará un lugar
El Parlamento al Sr. Rios Rosas. Pues desde ese
lugar debe creer que ha contribuido á ahorrar al-
gunos males y á hacer algun bien á su patria, y
proseguir, no sin fruto, en su honrosa tarea con la
fé que Dios concede á los hombres de corazón, pa-
lanca poderosa con la cual se conmueven las mon-
tañas.

Con ella viva é intacta entró el Sr. Rios Rosas
en el gabinete de julio, creyendo hacer un servi-
cio al país y al trono, no, como tantos otros, por
el pueril afán de ser ministro. Con ella viva é in-
tacta abandonó tambien el poder, cuando lo juzgó
conveniente á los nobles intereses que le habían
movido á aceptar ese puesto en aquellos críticos
y azarosos momentos. Conocemos las graves y
complicadas razones que asisten á El Parlamento
para desaprobare la entrada en el ministerio, la
salida de él y la conducta del Sr. Rios Rosas en
tal ocasion, pero nos reservamos impugnarnos
cuando este diario tenga á bien esponerlas.

Entretanto, no llevará á mal El Parlamento
que, respetando su autoridad y no motejando su
suficiencia, opongamos meramente á sus desnudas
y dogmáticas afirmaciones sobre este punto una
denegacion simple y rotunda. Lo mismo hace la
opinión en Madrid y en toda España, aun cuando
su buena fé le impute otro y muy distinto juicio
El Parlamento; porque la opinión ha compren-
dido y ha visto clarísimamente lo que es in-
comprensible é invisible para aquellos que tienen
ojos y no ven, y tienen oídos y no oyen.

empuñar con mano firme el escopleo y proseguir
inevitablemente la comenzada autopsia. ¡Lástima
grande que desdiciendo nuestra formal, si bien
cortés invitación, no la haya empezado por el
ajuste de aquella cuenta de posiciones que fiamos
á su habilidad aritmética. ¡Mala ventura que per-
siga al Sr. Rios Rosas en este punto, como en
los otros puntos mas sustanciales en que le ha
leído su sino El Parlamento, en quien reconoce-
mos muy sinceramente toda la flexibilidad de en-
tendimiento, toda la variedad de doctrina y todo
el caudal de experiencia que son menester para
desempeñar á la par y con idéntico acierto los
encontrados oficios de anatómico disector y de as-
trólogo judiciario!

Pero si el Sr. Rios Rosas no es un estadista
profundo, ni un hombre de Estado, ¿quiere decirnos
El Parlamento, puesto que franca y altamente
reconocemos su ciencia, dónde están los verda-
deros estadistas y los grandes hombres de Estado?
Pero si el Sr. Rios Rosas no es siquiera jefe de
partido, ¿quiere decirnos El Parlamento quienes
son hoy los gefes del para el vivo y caliente par-
tido moderado? Pero si El Parlamento reconoce la
conveniencia de pedir la aplicación de las buenas
doctrinas conservadoras, y la necesidad de hacer
mejor al partido moderado en la práctica, y está dis-
puesto á ayudarnos en semejante tarea, ¿quiere es-
plicarnos cuáles son esas doctrinas y cuáles los
medios de que piensa valerse para llevar á cabo
este propósito?

Declinando, acaso, toda la responsabilidad de
los vicios de los partidos sobre esta magnánima y
generosa nación, y asentando sentenciosamente
«que el mal depende de causas que tienen su ori-
gen, su raíz, su fundamento, en nuestra historia,
en nuestros hábitos, en nuestros antecedentes, y
en las entrañas mismas de la sociedad?»

Echando, acaso, la culpa de todas las faltas de
los gefes sobre los partidos que ellos han viciado,
y proclamando con repetición que «el mal se halla
en la sociedad, en el desorden moral, en la in-
temperancia de nuestras pasiones, en la violencia
de nuestros hábitos, en la ponzoña de nuestros
odios y rencillas, en los instintos revolucionarios
de los unos, que hacen preciso el empleo de la
fuerza para sostener el orden, en nuestras ambi-
ciones desenfrenadas, en el deseo de la domina-
cion, en la rebeldia de nuestros ánimos, que no
consienten superioridad ninguna, en la carencia
de moralidad y de costumbres políticas?»

Declarando, acaso, á la nación indigna de la li-
bertad, y reconociendo que solo las situaciones de
fuerza son posibles en España, porque el hecho de
abundar esas situaciones no depende de la volun-
tad de algunos hombres, «sino del estado social
del país en el que no habiendo creencias, ni con-
venciones, ni ideas, ni principios, sino tan solo in-
tereses encontrados, ambiciones ilegítimas é in-
competentes, rebeldia á todo yugo y superioridad,
instintos revolucionarios y otros muchos males
que sería prolijo enumerar», es imposible domi-
nar los ánimos por los medios y las influencias
morales, y hay necesidad de recurrir á los medios
de represion y de fuerza?

Proclamando, en fin, despues de haber dicho
que no hay hombres capaces de dominar á los de-
mas por los medios morales, la dictadura alterna-
tiva y necesaria del duque de Valencia y del du-
que de la Victoria, como la proclama El Parla-
mento?

Ved aquí, profundizado ya este hecho, la esposi-
cion completa de principios de El Parlamento. Ved
aquí cómo entiende el diario moderado aplicar
exactamente las buenas y genuinas doctrinas con-
servadoras. Ved aquí los medios porque se propo-
ne ese diario hacer mejor en el terreno de la prác-
tica á aquel partido. Ved aquí francamente procla-
mada la dictadura militar, como único medio de
gobierno posible. Ved aquí condenadas sin piedad
las instituciones constitucionales, como incompati-
bles con nuestra historia, con nuestros hábitos,
con nuestros antecedentes, con las exigencias de
nuestro estado social. Ved aquí, en fin, enarbolado
el pendon del absolutismo como el lábaro que ha
de llevar al viejo partido moderado á la reconquis-
ta del poder.

Al oír estas desconsoladoras profecías, no es na-
tural preguntar, con un insignie pensador y un
profundo político en su oda á la Razon:

Mas ¿siempre en lucha impia
El imperio del mundo
Disputarán licencia y tiranía?
¿De opresion siempre y crímenes y males
En el círculo inmundo
Se agitarán los miserios mortales?
¿Jamás hasta la altura
Se elevarán del bien y la ventura?

La sesion de ayer vino á justificar lo que el día
anterior decíamos, á saber: que las Cortes conti-
nuarian perdiendo lastimosamente el tiempo en
debates inútiles. Veamos si los hechos vienen en
nuestro apoyo.

Leida el acta, varios diputados, entre ellos los
señores Moncasi y Moyano, reclamaron contra la
intercalacion que la comision habia hecho de la
palabra *comunes* en el artículo primero del dictá-
men sobre desamortizacion aprobado el lunes.
La mesa y el presidente de la comision señor

D. Antonio Gonzalez, procuraron demostrar que
aquella intercalacion se habia hecho conforme á
reglamento, y que ningún diputado tenia derecho
á alegar que habia votado sin tener conocimiento
de ella, pues si bien no estaba en el dictámen im-
preso siempre que de este se habia dado lectura,
habia sido aumentando aquella palabra. No trata-
remos de seguir el debate, si debate se puede lla-
mar, lo que pasó con motivo de aquel incidente.
Bástenos decir que hablaron la mitad de los dipu-
tados, que todos prorrumpian en murmullos, que
nadie se entendia, que todos querian hablar á un
tiempo, que no bastaban las voces y los campa-
nillazos de la presidencia para restablecer el ór-
den y el silencio, y que esto duró mas de hora y
media.

Por fin consiguió el presidente que se proce-
diese á la votacion del acta, y esta fué aprobada
por 106 votos contra 18.

De aquel tumultuoso debate, lo único que se
sacó en limpio es que nuestros diputados actuales
aprecian el tiempo de distinto modo que los in-
gleses, entre quienes es máxima incontrovertible
que el tiempo es dinero, y que muchos de los in-
dividuos de las Cortes constituyentes votan sin
saber lo que votan.

El Sr. Madoz entró en el salon momentos antes
de aprobarse el acta, y como sin duda le dijeran
que el Sr. Moyano habia usado la palabra *despojo*,
creyó que el diputado conservador habia tratado
con ella de subvertir el orden, é increpó tan des-
templada é inoportunamente al Sr. Moyano, que el
Sr. Infante hubo de llamarle al orden. El dipu-
tado que acababa de ser objeto de las «inmerecidas»
inculpaciones del Sr. Madoz, explicó las palabras
que habia pronunciado, que seguramente estaban
muy distantes de tener el sentido que el ministro
de Hacienda, sin oírlos, les habia atribuido.

Terminado aquel incidente, se aprobó el dictá-
men de la comision acerca del proyecto de ley que
autoriza al ayuntamiento de Madrid para intro-
ducir libre de derechos la tubería destinada á la
fuente de la Reina. Tambien se aprobaron otros
dictámenes en cuya virtud se concedian pensio-
nes, de escasa importancia, si, pero que la tienen
muy grande si se considera el largo catálogo de
las que las actuales Cortes van echando en hom-
bres del presupuesto, ó de la nación, que es lo
mismo.

Puesto á discusion el relativo á la ley general
de ferro-carriles, que está conforme en lo esencial
con el proyecto del gobierno, combatió la totali-
dad del Sr. Sagasta á quien contestó el señor mi-
nistro de Fomento. El asunto es demasiado inte-
resante para que dejemos de consignar las prin-
cipales razones con que el Sr. Luxán y la comision
á la vez que apoyaban el dictámen, contestaron,
al Sr. Sagasta. El gobierno, según el Sr. Luxán
tiene grandes deseos de enlazar á España con el
resto de Europa, lo que se ha empezado á conse-
guir con el establecimiento de los hilos eléctricos.
No ha querido fijar los puntos capitales que de-
ben tocar las líneas, porque el espíritu de la ley
es hacer lo que hizo Carlos III respecto á carre-
teras, marcar seis grandes radios que partiesen de
Madrid.

El puerto de Vigo, cualesquiera que sean sus
condiciones locales para que merezca recibir la
línea del Océano, tiene en la costa el gran inconve-
niente de los escosivos arrastres de arenas y en
el continente grandes obstáculos naturales. El go-
bierno ansia el momento de establecer la línea
férrea que nos ha de poner en comunicacion con
Portugal. Los ferro-carriles comenzaron en In-
glaterra bajo el mismo sistema que han comen-
zado en España y visto el gran resultado que
aquel sistema produjo allí es de esperar que aquí
le produzca tambien. En la ley general de ferro-
carriles no ha querido el gobierno señalar los
puntos principales que han de tocar las líneas
porque se reserva hacerlo cuando presente las le-
yes particulares.

El gobierno cree que debe ceder á las empresas
constructoras los terrenos de dominio público,
porque si los que construyan ferro-carriles no
ganan, no tendremos ferro-carriles. Subvencio-
nando las empresas y prefiriendo la construcción
por subastas, cree el gobierno que hace lo que han
hecho las naciones mas adelantadas. El gobierno
quiere que las Cortes de la nación voten la ley de
ferro-carriles para que tengan plena confianza en
ella los capitalistas extranjeros. Y por último, el
Sr. Luxán que al hacerse cargo de su departa-
mento encontró en el mayor desorden el ramo
de ferro-carriles quiere ordenarlo, legalizarlo y mo-
ralizarlo todo.

Puesta á votacion la totalidad del dictámen, se
aprobó, como tambien el artículo primero que no
encontró oposicion alguna. Como se presentasen
varias enmiendas al artículo segundo, las Cortes
acordaron reunirse en sesiones para ponerse de
acuerdo sobre ellas.

Es de presumir que hoy quede completamente
votada la ley, si es que el afán de malgastar el
tiempo no dispone otra cosa.

La publicacion de los documentos diplomáticos
referentes á nuestras relaciones con los Estados
Unidos, y á las pretensiones ó aspiraciones de al-
gunos de sus hombres políticos, y las medidas que
de algun tiempo á esta parte está adoptando el

CRONICA MERCANTIL.

COTIZACION OFICIAL.

Del colegio de agentes de cambio.

Títulos del 3 por 100 consolidado, 52.
Títulos del 3 por 100 diferido, 18.
Acciones del Banco de San Fernando, 99,50 d.

CAMBIOS.

Dañó.	Benef.	Dañó.	Benef.
Albacete.....	1/4 p.	Lugo.....	5/4 d.
Alicante.....	1/4 p.	Malaga.....	1/4 d.
Almeria.....	1/4 p.	Murcia.....	1/4 d.
Avila.....	1/4 p.	Orense.....	1/4 d.
Badajoz.....	1/4 p.	Oviedo.....	1/4 d.
Barcelona.....	1/4 p.	Palencia.....	1/4 d.
Bilbao.....	1/4 p.	Pamplona.....	1/4 d.
Burgos.....	1/4 p.	Pontevedra.....	1/4 d.
Caceres.....	1/4 p.	Salamanca.....	1/4 d.
Cadix.....	1/4 p.	S. Sebastian.....	1/4 d.
Castellon.....	1/4 p.	Santander.....	1/4 d.
Ciudad-Real.....	1/4 p.	Santiago.....	1/4 d.
Cordoba.....	1/4 p.	Segovia.....	1/4 d.
Coruna.....	1/4 p.	Sevilla.....	1/4 d.
Cuenca.....	1/4 p.	Soria.....	1/4 d.
Grenada.....	1/4 p.	Tarazona.....	1/4 d.
Granada.....	1/4 p.	Terragona.....	1/4 d.
Guadalajara.....	1/4 p.	Tolosa.....	1/4 d.
Huelva.....	1/4 p.	Valencia.....	1/4 d.
Huesca.....	1/4 p.	Valladolid.....	1/4 d.
Jaen.....	1/4 p.	Vitoria.....	1/4 d.
Leon.....	1/4 p.	Zamora.....	1/4 d.
Lerida.....	1/4 p.	Zaragoza.....	1/4 d.
Logroño.....	1/4 p.		

ROSAS EXTRANJERAS.
Francia 3 por 100 int. 51 1/8.
Londres, dif. 18 1/4.
Amsterdam 3 por 100 int. 57 1/2, int. 51 1/2, dif. 18 1/4.
Bruselas dif. 17 1/2.
Anvers 3 por 100 int. 51 1/4, dif. 17 1/2.
Paris 3 por 100 int. 51 1/4, dif. 17 1/2.

TEATROS.

CIRCO. A las ocho y media de la noche: Sinfonía.—
Los Diamantes de la Corona. Bailé.

ANUNCIOS.



NO MAS TOS.

Pastillas pectorales de la Ermita, preparadas únicamente para la tos, ronquera, anginas y demás irritaciones y afecciones del pecho y garganta.—La prestación que obran y su feliz resultado, con especialidad en los padecimientos crónicos que parecían incurables, han hecho correr la fama de su bondad por todas partes, como lo acredita el crecido número de pedidos que constantemente se hace de ellas hasta del extranjero.

Precio, 8 rs. caja con su prospecto.
Depositos en Madrid: botica del señor Lletget, Puerta del Sol, inmediato a la calle del Arenal; señor Saez, calle del Príncipe; señor Ullaurum, calle de la Cruz; señor Aparicio, calle del Clavel.

BOTICAS EN LAS PROVINCIAS.
Albacete, D. Juan Arce; Alicante, D. José C. Bellas; Almería, D. Eleuterio Carrascos; Andujar, Don Antonio Romero; Aranda, D. Juan Balboa; Arévalo, Don Domingo Diaz; Algeciras, D. Antonio Reñay; Alcor, Don José Bisbal; Antequera, D. Rafael Mir; Alcalá de Henares, D. Juan de Urrutia; Almagro, D. Leandro Perez; Almadén, D. José Blanco; Almería, D. José Cabello.

Barcelona, depósito general, D. Ramon Cayula, calle de Llauder, num. 4; doctor Astall, pósito de Xifre; doctor Grau, Barrio de Ferrer; Sr. Padra, botica del Globo, Badajoz; doctor Silva; Burgos, D. Julian Lleras; Bilbao, Sr. Somonte, Barrio de San Juan; D. José Otto; Bailén, D. Manuel Reche; Bayona, D. Pedro Ortega.

Cartagena, D. Pablo Marqués; Coruña, D. José Villar; Córdoba, doctor Ariles; Ciudad-Real, Sr. Gonzalez; Caceres, D. Florencio Martín y Castro; Castellón de la Plana, D. Luis José Gil Calatayud; D. Atanasio Zardoya; Cádiz, Sr. Luengo, calle de Linares; Cuenca, D. Eustasio Peruchio; Chelva, D. Agustín Ortiz; Comuna, D. Manuel Alcaz; Daimiel, D. José María Cruz; D. Benito, D. Juan Hernandez.

Elche, D. Juan García; Elja, Sr. Fernandez. Ferrol, D. Felipe Romero; Figueras, Sr. Masferrer. Granada, D. Miguel Delgado; Gerona, doctor Garriga; Guadalupe, D. José Ruiz; Guadalajara, D. Juan Almaraz. Huesca, D. Carlos Camarero; D. Francisco Báltazar; Huelva, D. Francisco Montero.

Jaen, doctor Rey; Játiva, D. Serapio Arizaga y don Vicente Gress; Jerez de la Frontera, Sr. Puiguerre. Lérida, D. Antonio Abad; Leon, D. Antonio Chisano; Logroño, D. Ildefonso Zubia; Lugo, D. Manuel Anselmo Rodríguez; Loja, D. José Ezequiel Ruiz; Lorca, don Antonio Zarruz; Luarca, D. Francisco Martínez. Málaga, D. Pablo Prolongo y Murda, D. Juan María Lopez Motril; D. Juan José Valle; Matagorda, doctor Salazar; Medina del Campo, doctor Gonzalez; Mayorga, doctor Fernandez de Tordesillas; Miraflores de la Sierra, D. Francisco Aragon; D. Pascual Billo; Morón, D. Antonio Ceballos.

Oviedo, doctor Argüelles; Orense, doctor Serra, Osuna, D. Francisco Bazañ. Pamplona, doctor Landá; Pontevedra, D. Juan Ventura Arizaga; Palencia, D. Mauricio Perez.

Requena, D. Bartolomé Ganso; Reinos, Sr. Camaleño, Ronda, D. José Aguilar; Reus, doctor Andreu. Santander, doctor Corpa; Sevilla, botica calle de Francisco y botica calle de Colcheros; Santiago, D. A. M. Fernandez; D. Benito Calahorra; Salamanca, don Angel Villar; Segovia, D. Juan Gonzalez; S. Sebastian, D. Diego Irastorza; Sax, D. Casimiro Ullaurum; San Cruz del Muela, D. Sebastian del Peral; Sabadell, D. Echebaga Aguirre.

Tarazona, doctor Cuchi y D. Joaquín Martí; Triguilla, D. Joaquín Elias; Tarrasa, D. José Ballarín; Tudela, don Rafael Moreno; Teruel, D. Juan Pedro Lagares; Talavera, de la Reina, D. Isidoro Martínez; Toro, D. Felipe Hernandez; Tolosa, D. José Gregorio Villanueva; Toledo, don Valeriano Perez; Tuy, D. José Amodeo; Villanueva, señor Sanz; Tortosa, Sr. Monner.

Utrera, D. Juan María Fernandez. Valencia, botica del Sr. Andreu y de D. Miguel Domingo y Roncal; Valdepeñas, Sr. Palacios Vich, D. F. Llanos; Vitoria, D. Toribio Cerrillo; Valladolid, Sr. Camaleño, botica del Sr. Villar, calle de Santiago; Velez-Málaga, D. Indalecio del Milla; Vigo, D. José M. Chao; Villafraña de Guipúzcoa, Sr. Juregui.

Zaragoza, D. Diego Prado. ESTRANERO.

PORTUGAL. Lisboa, A. F. de Acedo, botica-laboratorio, plaza de D. Pedro, Sr. Belen, calle del Loreto, señor Avila, calle Augusto; Sr. Belen, calle de Estanqueiros, Sr. Zeredillo, productos químicos, largo del Cuerpo Santo; Oporto, Sr. Araújo, plaza de D. Pedro, y Sr. Figueras, droguero.

Nota. Hay en dichas boticas de Madrid la famosa tintura de ajonjolí sin alcohol, que es una especialidad para combatir todas las afecciones derivantes del estómago.

Hay también el elixir dulce de ajonjolí, ó sea *arlemisia-abstinham*, cuyas virtudes se acreditan con el Diario de Avisos de 30 de setiembre que se refiere al periódico *Barcelona* del 16.

El depósito general está establecido por el autor M. B. en la botica del doctor don Constantino Saez, calle del Príncipe, núm. 18. Los señores boticarios que no tienen depósitos, podrán dirigir sus pedidos, que con prontitud serán satisfechos, y con descuentos proporcionales.

EDITOR RESPONSABLE D. MANUEL DE OSTOLAZA.

MADRID: Imprenta de Fortanet: Libertad, 29.

1855

y talas, y siendo los espaldones de tierra, la bala hace muy poca mella en ellos. Suponiendo un ataque regular contra una plaza de primera orden, y que este ataque se dirija contra los rebeldes y un bilarte, el frente de esta fortificación comprenderá a lo más una extensión de 500 metros, y la del desarrollo de los ataques será de 8,000 metros próximamente.

En Sebastopol la extensión del frente atacado es de más de 3,000 metros y los ataques tienen un desarrollo de 41 kilómetros.

Añádese a esto que, para guardar tan inmensa extensión de trincheras, entran diariamente de servicio día y noche, desde hace seis meses, cerca de 10,000 hombres; y como esto ha sucedido durante un invierno rigoroso en medio de la nieve y de la lluvia, puede formarse por aquí una idea, aunque débil, de las fatigas del soldado y de las dificultades del sitio.

No presenta la historia de los Estados modernos ejemplo de empresa más difícil, más gloriosa, y que, por la grandeza misma de los obstáculos, está más en relación con la importancia de su objeto y la de los Estados que la sostiene. El sitio de Sebastopol no guarda analogía con ningún otro en nuestros fastos militares. Atacar una plaza que no está embestida, cuando el enemigo, superior en número, puede renovar su guarnición y abastecerse, es un acto de audacia, que solo era dado intentar a Francia e Inglaterra unidas, para un fin necesario a Europa.

Si se ha de hacer una comparación del sitio de Dantzig como uno de aquellos en que el heroísmo auxiliado por la ciencia, ha triunfado de los mayores obstáculos opuestos por una defensa obstinada y formidable, Dantzig, protegida por el Vístula, cuya desembocadura en el Báltico, está cerrada por el fuerte de Velschmonde; se encuentra igualmente en condiciones poco favorables para un embestimiento completo, pero era posible, sin embargo, tomar posición en el río, entre el fuerte que cerraba su embocadura y la ciudad, y cortando así las comunicaciones con el mar, combatir la plaza. Así lo hizo el mariscal Lefevre; pues a pesar de que estuviese encerrada dentro de dos líneas de ataque, y a pesar de hallarse próximo el empuje de Napoleón, que cubría el sitio con un ejército numeroso, y paralizaba los socorros de Prusia y Rusia, Dantzig resistió cincuenta días después de abierta la trinchera. Mas tarde después de la retirada de Moscú, ocupada esta plaza por los franceses, no capituló sino al cabo de un año de resistencia, y de un ataque combinado por mar y por tierra.

Podríamos multiplicar los ejemplos, pero bastan los citados para probar que el ejército anglo-francés ha hecho todo cuanto podía esperarse de su valor y de la habilidad de sus jefes. No solo ha dado pruebas de constancia y firmeza en medio de los padecimientos y peligros, sino que, asistiendo a la gloria de Inkerman a la de la batalla de Alma, ha realizado el honor de sus nobles esfuerzos. Esperar que se logrará el objeto de sus nobles esfuerzos. Entretanto la opinión unánime dirá desde ahora y la historia repetirá un día, que ha merecido su reconocimiento y la admiración del mundo.

Hemos explicado la conducta militar de los gobiernos aliados desde el principio de la expedición, y con la misma precisión e imparcialidad exponemos otro día las diferentes fases de las negociaciones, sus motivos y su objeto.

PARTE OFICIAL.

(GACETA DEL 17 DE ABRIL.)

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.
S. M. la Reina (Q. D. G.) y su augusta real familia continúan en el real sitio de Aranjuez sin novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION.

REALES DECRETOS.

Vengo en admitir la renuncia que por su quebrantada salud ha hecho D. Ignacio Vazquez del cargo de subinspector de la Milicia nacional de la provincia de Sevilla, y en nombrar en comisión para su remplazo, de conformidad con lo propuesto por el ministro de la Gobernación, previo acuerdo con el de la Guerra, al teniente general, capitán general de Andalucía, D. Atanasio Aleson.

Dado en Aranjuez a 15 de abril de 1855.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Francisco Santa Cruz.

De conformidad con lo propuesto por el ministro de la Gobernación, vengo en nombrar subinspector de la Milicia nacional de la provincia de Burgos a D. Benigno Fernandez de Castro.

Dado en Aranjuez a 15 de abril de 1855.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Francisco Santa Cruz.

Recibidos en este ministerio los expedientes respectivos a D. Francisco Coria, D. Tiburcio Ibarbia, D. Angel Nuñez, D. Francisco de Paula Martínez y D. Manuel Fernandez de los Rios, que han sido designados para componer la junta superior de calificación a que se refiere el decreto de 27 de agosto de 1845, restablecido por otro de 3 de diciembre último, se abre juicio contradictorio por término de 15 días para que si alguno quisiere alegar que estos individuos no reúnen las circunstancias que exigen los artículos 12, 20, 32 y 42 de dicho decreto, presenten las reclamaciones en este ministerio dentro del plazo señalado.

Madrid 16 de abril de 1855.—El subsecretario, Manuel Gomez.

MINISTERIO DE ESTADO.

La Reina (Q. D. G.) ha tenido a bien conceder el *Regium exequatur*, con fecha 13 del actual, a D. Manuel Calbó, nombrado cónsul del Uruguay en Tarragona.

Asimismo, se ha servido S. M. autorizar, con igual fecha a D. Francisco Candel y Blanca para ejercer el vicecónsulado de dicha república en Alicante; y a Don Ramon Aldir para desempeñar el de igual clase de Portugal en Tuy.

VARIEDADES.

NUESTROS DESEÑOS Y NUESTRAS ESPERANZAS.

(Estudio filosófico-histórico por Mr. Guizot.)

(Continuación.)

También hemos tenido demasiada confianza en nuestra aptitud y en nuestras luces para un régimen de libertad política. Hasta aquí la educación política de la Francia se ha hecho particularmente en dos escuelas, los libros y las revoluciones: dos maestros muy insuficientes y malos para enseñar a un pueblo a gobernarse a sí mismo. A los que se alimentan de ellos, los libros dan una inteligencia política un poco vaga y presuntuosa; los hechos más o menos bien arrojados fuera de las buenas sendas corrientes, hacen o enervan los corazones; propagan el culto de la fuerza y del fraude, no el del derecho y de la libertad; producen libertinos hábiles para explotarlo todo, cobardes para todo, dóciles y hombres de bien desalentados, que, en

los días de prueba, se retiran de todo pensamiento público y se amurallan dentro de sus intereses privados, juzgándose incapaces para dirigir por sí los negocios de su país. Su propia suerte queda comprometida, encomendando toda la fiada a generaciones tan escasamente o tan mal preparadas para el gobierno y para la libertad.

Nos hemos hecho ilusiones respecto de las condiciones de nuestro gobierno, así como respecto de las fuerzas morales y progresos políticos de nuestra sociedad. Al día siguiente de una revolución y en medio de un acceso de fiebre revolucionaria, intentábamos fundar una monarquía, una monarquía libre, y a los primeros pasos en tan grande obra, nos hemos hallado en presencia de un partido monárquico, hondamente dividido: para defender el poder y las leyes, no hemos podido contar sino con una parte del ejército natural de las leyes y del poder. No nos hemos desalentado ante la dificultad extrema no hemos reducido nuestra ambición y nuestros deberes: hemos persistido en defender el orden, respetando, engrandeciendo la libertad.

Mientras el peligro social ha sido inminente, mientras han estado amenazadas la seguridad y los primeros intereses de la vida común; el nuevo poder ha bastado a su tarea; contra sus enemigos del antiguo régimen tenían las fuerzas de la revolución, y contra sus enemigos revolucionarios las fuerzas de todos los buenos ciudadanos asustados. Pero cuando la cuestión de orden público ha sido resuelta, la cuestión de orden político estaba renovada; así, desde el día en que la monarquía nueva pareció establecida, pudo notarse un gran vacío en sus cimientos.

Yo he sostenido constantemente la causa de las clases medias, que es la mía, y tenido el honor de llevar su bandera en nuestras luchas. Porque he de vacilar en decir lo que me decía por mi propia cuenta Mr. Royer Collard. Vos habéis habido política, una política sensata y honrada; pero no habéis resultado tener contra vós a los legítimos intereses y a los revolucionarios, el fuego de arriba y el fuego de abajo, y es demasiado a la vez. Las clases medias tienen razón y derecho para pretender una gran parte de influencia, una influencia en definitiva preponderante, en el gobierno de la Francia; pero solo no bastan para gobernar. Dos veces en 1789 y en 1830, las ha engañado su victoria; ellas han creído que podían atacar a un tiempo a arriba y resistir abajo, destruir y fundar, pero la experiencia ha desmentido su confianza.

El tiempo actual no permite este doble triunfo; la fermentación anárquica que trabaja a las sociedades modernas, es demasiado profunda para que puedan contenerla las fuerzas conservadoras cuando se dividen. Su unión y su acción común apenas son suficientes para resistir con éxito.

Digo resistir, porque, digase lo que se quiera, la resistencia es la primera misión del gobierno que ha sido esencialmente instituido para reprimir las voluntades desenfrenadas. Pero hecho esto, aún queda otra cosa que hacer; queda que secundar y dirigir el desarrollo del hombre y de la sociedad en todos sentidos, en el orden moral y en el orden material. El hombre no ha sido colocado en la tierra únicamente para vivir, sino para aumentar, para desarrollar en ella, según los designios de Dios, las riquezas y las fuerzas de su naturaleza. Es, pues, el objeto, la condición del gobierno marchar a la cabeza de la humanidad en el cumplimiento de los grandes destinos humanos.

Después de largas vacilaciones, de graves faltas, de dolorosos reveses y de intolerables alarmas, la sociedad puede echarse en brazos del poder, si puede más que orden, condición sine qua non de su existencia. Pero ella no se resigna por mucho tiempo con tan poco; sus fuerzas activas se reparan en el reposo, se levanta, aspira a entrar en el noble trabajo de que se había cansado, y es necesario que su gobierno la conduzca a él. Si el gobierno no quiere o no sabe, si es incapaz de prestarse a esta misión de vida, de progreso social, esta muy pronto también de ser capaz de su misión de orden y de seguridad públicas; y entonces, gobierno y nación, o bien se separan por violentos sacudidos, o bien se unen en una espita que anuncia la decadencia y prepara la muerte.

Toleren esta verdad, mas las clases medias de su amigo leal; ellas solo no bastan para el progreso como para la resistencia, para la libertad como para el orden. Representan en la sociedad un papel eminente, ejercen las profesiones intelectuales y hacen valer las riquezas materiales. Así, verifican dos grandes hechos: mantienen y renuevan incesantemente la actividad social, desenvuelven y realizan el mérito personal de hombres nuevos, colocados en su justo punto. De ellos principalmente y de sus trabajos emanan el movimiento ascendente y la fuerza expansiva de la sociedad. Pero en este papel importante, las clases medias chocan con dos escollos a menudo: ora, dejándose arrebatar de su brío, se precipitan por pasión o imprudencia en las innovaciones mas contrarias a sus legítimos intereses, ora fatigadas y alarmadas por las crisis que ellas mismas provocan, se hanean de la política, vuelven exclusivamente a la vida civil, y no solicitan más que la seguridad de los intereses privados a los cuales limitan sus aspiraciones.

Se agotan o abdican alternativamente; tan pronto imperiosas como excesivamente complacientes con el poder, y a este compis la libertad, y el orden sufren por igual sus bruscos oscilaciones.

Para estas disposiciones de las clases medias se necesita un contrapeso que las contenga en sus arranques o las apoye en su decaimiento, y este contrapeso no puede existir sino en la influencia política de las clases, cuya fortuna está mas asegurada, cuya situación es mas fija, cuyo pensamiento y tiempo se hallan menos absorbidos por el trabajo de los intereses privados, y que llevando naturalmente a los negocios públicos mas espíritu de hilación, no estén sujetos a pasar tan de pronto de la oposición a la docilidad y de la docilidad a la oposición.

Cuando se intenta excitar el eco y la desconfianza de las clases medias, se dice que estas son tendencias aristocráticas del antiguo régimen.

No soy aficionado a chocar con sentimientos cuyo imperio conozco; pero tampoco podría resolverme a cobrar miedo a las palabras hasta el punto de que me impidan llegar al fondo de las cosas para verlas como son, y respeto demasiado a mi país para no ser tan franco con él como conmigo mismo. Me permitiré reproducir aquí lo que seis años ha decía sobre la misma cuestión.

Examinense todas las sociedades humanas de todos los tiempos y de todas las edades, a través de la variedad de su organización, de su extensión, de su gobierno, de los géneros y grados de su civilización, y resultarán en todas tres tipos de situación social, los mismos siempre en el fondo, aunque bajo formas muy diversas y diversamente distribuidas:

1.° Hombres que viven de la renta de sus propiedades territoriales o movilizadas sin tratar de acrecentarlas por sus propios trabajos.

2.° Hombres aplicados a explotar y acrecentar con su trabajo las propiedades territoriales o movilizadas, las tierras o capitales de cualquier género que poseen.

3.° Hombres que viven de su trabajo sin tierras ni capitales.

Estas diferencias, estas desigualdades en la situación social de los hombres no son hechos accidentales o peculiares de tal o cual época, de tal o cual pueblo; son hechos universales que se producen naturalmente en toda sociedad humana, en medio de las circunstancias y bajo las leyes mas diversas.

¿Cuál es el sentido y las trascendencias de estos hechos?

1.° Son aplicables a los mismos las antiguas denominaciones de la política? ¿Parece una aristocracia en presencia de una democracia, o nobleza, estado llano y muchadumbre? ¿Por ventura, estas diferencias, estas desigualdades de las posiciones sociales y políticas, forman ya, teniendo a formar una sociedad jerárquicamente clasificada y análoga a las conocidas en el mundo?

No, en verdad. Las palabras aristocracia, democracia

nobleza, estado llano, gerarquía no corresponden exactamente a los hechos que hoy constituyen la sociedad francesa, no expresan estos hechos con verdad.

¿Es acaso esta sociedad no encierra sino ciudadanos iguales entre sí, sin clases realmente adversas, ó que estas diferencias y desigualdades carecen de importancia política? ¿Será una grande y uniforme democracia que busea su satisfacción en la república, a riesgo de no encontrar el reposo sino en el despotismo?

No, suar una y otra aseerion seria desconocer igualmente el verdadero estado de nuestra sociedad. Es preciso acudir el yugo de las palabras, ver los hechos tales como son. La Francia es a la vez muy joven en esperanzas y muy rica en desengaños. Bajo el imperio de los principios de unidad y de igualdad que a su organización presiden, encierra condiciones sociales y situaciones políticas profundamente diversas y desiguales.

Si haber clasificación jerárquica, hay clases diferentes, si haber verdadera aristocracia, hay algo mas que democracia. Los elementos positivos, esenciales y distintos de la sociedad francesa, tales como acabo de describirlos, pueden combatir y enervarse entre sí; pero no podrían destruirse y anularse unos y otros; resisten, sobreviven a todas las luchas, en que se empeñan todas las miserias que mutuamente se imponen su existencia es un hecho que no tienen poder para abolir. Acepten, pues, el hecho plenamente, viviendo unidos y en paz. Este es el precio de la libertad y el reposo, de la dignidad y prosperidad, de la grandeza y seguridad de la Francia.

Caro ha costado a la Francia haber desconocido esa necesidad: las clases preponderantes en lo antiguo como las preponderantes en los tiempos modernos, han incurrido sucesivamente en el mismo fatal error: unas tras otras se llegaron a persuadir de que por haber vivido un día, podían bastar por sí solas a satisfacer todos los grandes intereses sociales, la resistencia y el progreso, el orden y la libertad, y víctimas en su desunión de la misma impotencia, han visto sucesivamente perecer igualmente entre sus manos el orden y la libertad, la resistencia y el progreso.

CRONICA DE MADRID.

La Colegiala 3.ª parte.—Con dirección a la Corte—triste y pausada camina—la misteriosa bellina que Toribio abandonó.—Y a pesar de que no lleva—quien guie su paso ludo—por la puerta de Toledo al salir el Alha, entró.—Plazuelas y calles cruzan, y por coincidencia rara, frente al colegio se para—donde era Julia feliz.—Bajado a la vez dijeron—los dos gemos enmascarados—trásgos vivos arrastrados—de antiguo y sucio tapiz.—Abriose la portezuela—bajo Julia, entró en su casa,—en la fiebre que la abrasa—buscando fuerza y valor.—Y ya en su estancia sentóse,—y abogando sus males fieros—ofreció a sus compañeros—la silla y sitio mejor.—No hay luz en el aposento—el primer rayo del día—rompiendo la niebla fría—que empuja el nívico cristal,—penetra cansado y débil—en la estancia silenciosa—donde callada y medrosa—Julia devora su mal.—Por fin rompiendo el silencio—que exacerba su pena,—con voz de temor agena—la colegiala exclamó:—Basta de silencio y sepa—la razón de esta visita—que ni el tormento me evita—de hablar la primera, yo.—¿Quiénes sois? ¿Cuál vuestro nombre?—¿Cuál la intención que a mí os guía?—que pica en descortésia—tan mudo silencio ya.—Calló y sus dos compañeros,—cual si una voz solo fueran—dijeron de esta manera.—A Julia.

Madrid a oscuras.—A pesar de los continuos avisos que ha dado la prensa a nuestro ayuntamiento acerca de lo descuidado que se encuentra el alumbrado público, los hechos se repiten con tanta frecuencia que por mas que se nos tache de molestos, vamos hoy a denunciar a quien corresponda un lance que, gracias a la malodora que en suena caer los serenos, tuvo lugar hace pocas noches en una de las calles mas públicas de Madrid. Eran las doce y media y los faroles estaban ya agonizando, en cambio el sereno cantaba la hora para hacer mas palpable la agonía de las estrellas a quien el eco, al parecer, todo lo, que debía echarles. La calle de que hablamos estaba descomulgada, y los que por ella acataban a caer, puesta que pasar era imposible, pedían en desahogados gritos, luz, y nada mas que luz. Un amigo nuestro, víctima tambien de aquella lóbrega oscuridad, asegura que pasaron de veintitres los inocentes que cayeron en aquella trampa, mal tendida por parte de la autoridad, pero bien sostenida por parte de la lechuzca que por sorberse el aceite apaga los faroles.

Las dos gazzanigas.—Nos escriben de Barcelona que hace pocos días hallándose accidentalmente en aquella ciudad la señora Gazzaniga, se sintió acometida de dolores de parto, dando a luz al siguiente día una robusta niña.

Causa célebre. El 18 del actual debe celebrarse en la sala tercera de la audiencia del territorio la vista de la formada contra Francisco Muñoz por homicidio a Julia Cano, que se hallaba embarazada. Parece que el homicida, a través del cráneo del feto al herir a la desgraciada joven.

A los lanceeros.—El duque de la Victoria dijo en la revista del domingo al pasar por frente de los escuadrones de la caballería de la Milicia Nacional: «Lanceeros: voy a hablar a los cuerpos del ejército y Milicia nacional; quisiera que mi voz fuese tan estensa como la línea que os cubren, para que mis palabras las oyeseis todos; pero vosotros ya sabéis mis sentimientos. Contad siempre con mi espada como yo cuento con vuestros brazos para defender la libertad y el Trono, y contad tambien siempre con el cariño de nuestro coronel Espartero.»

Económicos.—Leemos en El Debate: «El Sr. Ribot y Fontser, diputado a Cortes por la provincia de Barcelona, y director que fue de El Latigo, ha sido nombrado inspector de las bibliotecas del reino, plaza de nueva creación. Como la presente ley de incompatibilidades está todavía pendiente de la sanción regia, el ministerio no ha encontrado por esta parte obstáculo para agraciarse con 30,000 rs. de sueldo al señor Ribot. Lo que no consideramos tan seguro, es si se le podrá pagar, pues no consta semejante empleo ni semejante sueldo en el presupuesto de gastos. A bien que todavía se está a tiempo de hacer una adición.»

La Beria, que al circular el escandaloso rumor de que iba a ser nombrado el constituyente catalán director del primer establecimiento literario del reino, fué le los periódicos, que como el nuestro, se opuso mas vigorosa y fundadamente a semejante injusticia, dice ayer:

Nosotros creímos que este asunto habia terminado decorosamente; pero vemos, si la noticia anterior es cierta, que solo ha sido flaqueado.

Catastrofe.—En la mañana de ayer se encontró en el campo del Moro el cadáver de un joven que, se cree haya sido víctima de algunas de las exhalaciones que cayeron en las cercanías de Madrid durante la tempestad que descargó el domingo al terminar la revista de las tropas.

Publicacion notable.—Ha terminado la de las obras del marqués de Valdegamas. El último tomo

contiene una porción de escritos literarios y políticos completamente inéditos. Nos ocuparemos del examen de tan importante libro.

Sanción regia.—Parece que deben reunirse en la exposición de París la Reina de Inglaterra y el Emperador de Austria.

Compañía hispano-francesa.—Según dice un periódico, la comisión de presupuestos de las Cortes se ha ocupado del informe que le habían presentado los señores diputados Gonzalez de la Vega y Acha, acerca de la solicitud de una compañía hispano-francesa contra el privilegio concedido a la empresa Zangroniz para el establecimiento de una línea de vapores entre puertos de Inglaterra y Francia y la Habana, con escala en Vigo y Puerto-Rico. La comisión, despues de una larga discusión, en la cual tomaron parte, entre otros diputados, los señores marqués del Duero, Matute y Sanchez Silva, no juzgó conveniente adherirse al informe de los señores Gonzalez de la Vega y Acha, favorable a aquella solicitud, y resolvió que esta se remitiese al gobierno para que, estudiando el asunto, vea si hay algun medio de utilizar en beneficio del aumento de comunicaciones transatlánticas con nuestras Antillas, las pretensiones de la indicada sociedad.

Desgracia.—Hace pocos días que habiendo salido a pasear a caballo el comandante mayor del regimiento de caballería del Príncipe, don Federico Soria con otros oficiales del mismo cuerpo, hizo la fatalidad que el caballo de uno de estos saliese a escape junto al de su comandante y le rompiese una pierna en términos que la punta del pie quedó mirando atras.

Nombramiento.—Dice La Nación:

«Sabemos que el gobierno ha nombrado para que forme parte de la comisión que ha de visitar la exposición de París al Sr. D. Fermín Caballero. La elección no puede ser mas acertada; solo desearíamos que no llegue a admitirse la renuncia que de dicho cargo se dice haber presentado el Sr. Caballero.»

Estamos conformes con nuestro colega.

Parte sanitario.—La segunda semana del corriente mes no ha dejado de ser fecunda en anomalías y variaciones de tiempo. Así es que la atmósfera tan pronto estuvo despejada como anubarrada ó con ráfagas y celajes. La columna termométrica recorrió la escala desde un grado hasta 22°. A consecuencia de esto y de soplar por las madrugadas el N. E. y por el centro del día el S. E., fué el sentirse fresco en las primeras horas y hasta calor en las restantes, particularmente el miércoles y jueves: el viernes por la noche y el sábado sobrevinieron lloviznas. En la altura del barómetro hubo muy poca variación de la que ha estado marcando estos días.

No hay que prometerse con semejantes vicisitudes atmosféricas, terminaciones completas y felices en las dolencias reinantes, que por otra parte fueron las mismas de que dimos conocimiento a nuestros lectores en el estado sanitario anterior. Sin embargo, las enfermedades sobrevinidas en la segunda semana de abril nada han tenido de numerosas, de graves ni de peligrosas, cual pudiera inferirse, y así es que ha habido pocos enfermos, y ha sido escaso por fortuna el número de las defunciones.

Fuercion religiosa.—En la real iglesia de Santa Maria parece tendrá lugar el domingo próximo una magnífica función, para la que han contribuido SS. MM. y varios devotos feligreses, en celebridad de haberse declarado dogma de fe el misterio de la Concepción Inmaculada.

Gato por liebre.—Hemos oido quejarse de que en vez de camero, cuyo precio, según hemos